

Lluís Duch

SALIDA DEL LABERINTO

UNA TRAYECTORIA INTELECTUAL

LECCIONES FERRATER MORA

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN

Iris Parra Jounou

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *Sortida del laberint. Una trajectòria intel·lectual*
Fragmenta Editorial, 2018

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 62

Primera edición FEBRERO DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción editorial IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2020 MONASTERIO DE MONTSERRAT
por el texto

© 2020 IRIS PARRA JOUNOU
por la traducción del catalán

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Dipósito legal B. 1984-2020
ISBN 978-84-17796-25-9



La traducción de esta obra ha contado con el apoyo del Institut Ramon Llull



La producción de esta obra ha contado con el apoyo del Departamento de Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

NOTA EDITORIAL

LA EDICIÓN ORIGINAL (en catalán) de este libro apareció exactamente un mes después del fallecimiento de Lluís Duch (Barcelona, 13-9-1936 – Montserrat, 10-11-2018).

El encargo de impartir las prestigiosas Lecciones Ferrater Mora organizadas por la Cátedra Ferrater Mora de la Universidad de Gerona (lecciones que, antes de Duch, impartieron personalidades como Agamben, Bauman, Sloterdijk, Vattimo, Boff, Chomsky, Batllori, Ricœur o Fontana) llevó al autor a visitar toda su obra insertándola en el «factor biográfico» que la había hecho posible. Este libro, fruto de las mencionadas Lecciones, es, pues, a la vez una síntesis autorizada del pensamiento de Lluís Duch y una autobiografía vital e intelectual. Su publicación póstuma hace inevitable su lectura a modo de testamento.

Fragmenta Editorial se siente honrada de acoger este libro en su catálogo, libro que se une a los volúmenes y colaboraciones de Lluís Duch publicados previamente por la misma casa editorial: los monumentales *Religión y comunicación* (2012) y *Religión y política* (2014); el sabroso ensayo *El exilio de Dios* (2017); la *Conversación con Lluís Duch. Religión, comunicación y política*, de Ignasi Moreta (2019), y finalmente el prólogo —no exento de polémica— al libro

Violencia y monoteísmo, del egiptólogo e historiador de las religiones Jan Assmann (2014).

En el año 2011, con motivo de los setenta y cinco años del autor, Fragmenta publicó el libro de homenaje *Empalabrar el mundo. El pensamiento antropológico de Lluís Duch*, a cargo de Joan-Carles Mèlich, Ignasi Moreta y Amador Vega, libro que pretendía reivindicar la importancia de la trayectoria intelectual del antropólogo, filósofo y teólogo.

Confiamos en que, habiendo el autor traspasado el gran umbral, seremos capaces, los que permanecemos dentro del laberinto, de valorar las iluminadoras intuiciones que Lluís Duch desplegó a lo largo de su dilatada trayectoria.

EL EDITOR

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción: el factor biográfico</i>	11
I MIS TIEMPOS Y MIS ESPACIOS VITALES	21
1 Montserrat	22
2 Tubinga	54
II LOS GRANDES TEMAS	79
1 Estructura – historia	79
<i>a Antropología y tradición</i>	84
2 <i>Homo loquens</i>	98
3 Las transmisiones	104
<i>a Las estructuras de acogida</i>	108
4 El símbolo	112
5 El mito	116
6 Modelos antropológicos	134
<i>a Antropologías optimistas</i>	134
<i>b Antropologías pesimistas</i>	135
<i>c Antropologías de la ambigüedad</i>	137
7 Religión - cristianismo	139
<i>a El pluralismo religioso</i>	154
<i>b La cuestión de Dios</i>	159
<i>c Teologías protestantes</i>	164
<i>d Antropología y mística</i>	172
<i>e Religión y política</i>	178
<i>f Tradición cristiana y tradición socialista</i>	183

III	DESCUBRIMIENTOS: AUTORES	187
IV	EL OTRO Y LA ANTROPOLOGÍA	193
V	TRADUCCIONES E INTRODUCCIONES	203
	<i>Conclusión</i>	213

PRÓLOGO

CUANDO EL DOCTOR JOAN VERGÉS me ofreció la posibilidad de impartir las Lecciones del 2017 de la Cátedra Ferrater Mora de la Universidad de Gerona mi primera reacción fue de asombro e incredulidad. Conocía bastante bien algunos de los que habían participado en ediciones anteriores y la verdad es que, viendo el panorama, no creía que pudiera ofrecer nada que tuviera el nivel que el prestigio internacional de la cátedra exigía. Consulté el asunto con una persona de mi total confianza, quien me aconsejó que aceptara la oferta porque, según me dijo, si me habían invitado, se suponía que ya sabían lo que hacían. Como se dice popularmente, me lancé a la piscina, acepté. Y debo confesar sinceramente que estoy muy contento y, sobre todo, agradecido.

He intentado presentar a grandes rasgos, tan bien como he sido capaz, mis intentos de salida del laberinto. O lo que es lo mismo: desde mi situación actual, desde mi presente del presente, he pretendido reconstruir mi trayectoria biográfico-intelectual de los últimos cincuenta años. Para mí ha sido una especie de chapuzón y reconstrucción de mi presente del pasado sin dejarme seducir ni inquietar —así me lo parece— por una nostalgia excesiva a causa de la ausencia de tantas y tantas personas queridas, debido a tantos proyectos e ideales

que ha sido imposible culminar. No obstante, releendo mi trayecto biográfico también he descubierto que, efectivamente, se han ido insinuando, aunque fuera entre neblinas, encuentros, experiencias, instantes, casualidades que eran una forma de pregustación de la salida del laberinto. Son muchas las personas vivas y difuntas que, quizás sin darse cuenta, han sido para mí pregustaciones —epifanías, me atrevería a decir— de la salida del laberinto.

Quiero manifestar mi sincero y profundo agradecimiento a la Cátedra Ferrater Mora, representada sobre todo por Joan Vergés y Ramon Fàbrega, no solo por haberme invitado a impartir las Lecciones, sino también por los días memorables que pasé con ellos en Gerona. También quiero expresar agradecimiento a mis amigos Anna Pagès y Albert Chillón, quienes además de acompañarme durante mi exposición, tuvieron una participación muy activa en la aclaración y la contextualización de mi proyecto antropológico.

Montserrat, diciembre del 2017

INTRODUCCIÓN

EL FACTOR BIOGRÁFICO

TODO LO QUE DECIMOS, describimos, definimos y experimentamos (de *experientia* más que de *experimentum*) jamás es la realidad en sí como daban por descontado —y, a menudo, aún lo dan— el llamado realismo escolástico y algunas corrientes científicas y positivistas y, ante todo, el mal designado «realismo histórico». Inevitablemente, los seres humanos, debido a nuestra insuperable finitud, buscamos con mayor o menor voluntad la salida del laberinto y, por eso mismo, nos hallamos sometidos a constantes y problemáticos procesos de destrucción y reconstrucción, de desidentificación e identificación, de negación y afirmación.¹

En la sombra de los milenios —aseguraba Karl Kerényi— se hunde la historia del Laberinto, lugar mítico en el cual se condensan y anulan todos los lugares [...]. El laberinto es la huella visible de un movimiento de búsqueda: una ficción edificada

¹ El libro de Karl KERÉNYI, *En el laberinto*, Siruela, Madrid, 2006, es una preciosa ayuda para abordar la inmensa problemática en torno al laberinto. Desde un punto de vista literario, el artículo de André PEYRONI, «Labyrinth», en Pierre BRUNEL (ed.) *Dictionnaire des mythes littéraires*, Rocher, París, 2003², p. 915-950, es la mejor aproximación a esta temática. Cf. también André SIGANOS, *Mythe et écriture. La nostalgie de l'archaïque*, Presses Universitaires de France, París, 1999, p. 38-66.

para inducir el error y para aprender a soltarse de la maraña de posibilidades sin fin y, de este modo, a *encontrar el camino*.²

Sería preciso no perder de vista, como decía Friedrich Nietzsche, que «el hombre laberíntico jamás busca la verdad sino siempre y únicamente a su Ariadna», la señora del laberinto. Creen, sin duda ingenuamente, que les resolverá las cuestiones fundacionales inherentes a la condición humana. Se debe al hecho de que, como pone de relieve con gran finura Rainer Maria Rilke al final de la octava elegía de Duino, estamos siempre despidiéndonos o, como dicen las Escrituras, no tenemos aquí nuestra vivienda permanente, puesto que, además, somos seres finitos en constante situación de éxodo, de inestabilidad constitutiva, marcada a menudo por la pena del pasado y por el temor del futuro. Con el hilo de Ariadna en la mano o sin él, *viajar* por los «caminos de bosque» de nuestro laberinto personal (interno y externo) es, lo queramos o no, el ineludible destino de nuestro trayecto biográfico desde el nacimiento hasta la muerte. Es cierto, hemos sido expulsados del paraíso, hemos perdido realmente la inocencia, pero, como si fuera un tipo de hado insuperable, quizás sin mucha conciencia ni de la pérdida ni de la ganancia anhelada, mantenemos el deseo ardiente de volver allí.³

Para el ser humano, casi sin excepción, el mundo que lo rodea es una realidad oculta, nebulosa, llena de trampas, con unos rasgos casi siempre perturbadores y desconcertantes. Querría que se volviese diáfano y accesible, en concordancia

² KERÉNYI, *En el laberinto*, p. 39.

³ Sobre la antropología del viaje, cf. Lluís DUCH, *El peleginatge com a viatge*, Claret, Barcelona, 2010.

con sus intereses confesables e inconfesables, con *su* razón, que siempre es una razón histórica que, para bien y para mal, está biográficamente determinada de forma constante. No solo la realidad, pensada y articulada a su manera, donde intenta vivir y convivir, le es ocultada y desfigurada, sino que también él es para sí mismo un *homo absconditus* (Ernst Bloch) que, constantemente, intenta convertirse, sin conseguirlo plenamente jamás, en un *homo revelatus*, reduciendo con mucha frecuencia su *misterio* a un conjunto de *problemas* que cree —a menudo, ingenuamente— que por ser considerados más o menos solucionables constituyen la auténtica piedra angular de la existencia humana, la solución inefable de los enigmas de su presencia en el mundo.⁴

Es evidente que el trabajo del sujeto cognoscente, siempre condicionado por la ambigüedad, puede transformar y transfigurar, pero también pervertir y difuminar, la realidad histórica, religiosa, gramatical, personal y social, que al menos inicialmente, con o sin razón, con mayor o menor fortuna, configura los episodios a menudo desconcertantes y con rasgos caóticos de su vida cotidiana. El conocer dinamiza un proceso de carácter transformador que posibilita que la supuesta objetividad de los datos sea más o menos desobjetivadora y asumida por el sujeto cognoscente, quien mantiene indefectiblemente en un primer plano su ambigüedad constitutiva y constituyente. En relación con el conocimiento que busca el antropólogo en lugares y culturas alejadas del ámbito de la vida cotidiana, Clifford Geertz apunta que «toda etnografía es en parte filosofía, y una buena dosis de

⁴ Cf. María ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 31-33.

lo demás es *confesión*.⁵ *Confesión* como consecuencia inevitable de una *construcción biográfica* (social y psicológica a la vez) de la realidad, ya que, por regla general, en todo lo que pensamos, realizamos y sentimos nos presentamos y representamos como actores y actrices sobre el escenario del gran teatro del mundo; se trata de episodios teatralizados en el escenario del *theatrum mundi*, como ya mostraron perfectamente los clásicos grecolatinos.⁶ Siempre, de un modo u otro, tanto en la elección de los temas de estudio como en las diversas situaciones del día a día, resuenan con intensidades variables, pero sin duda interesadas, la biografía del investigador, sus preferencias, obsesiones y carencias, o su equivalente: una transcripción, a menudo bastante indescifrable, de su actual *Sitz im Leben* (su ‘situación en la vida’) y una actualización más o menos adecuada y pertinente de sus múltiples herencias y condicionamientos.⁷ También es *confesión*, a menudo de forma sumamente difuminada y críptica, no tanto de nuestros *presupuestos* adoptados de forma más o menos lúcida, sino de nuestros *pre-juicios*, que, aparentemente, son inexistentes y, sin embargo, en realidad nos determinan profundamente como una especie de presencia *in absentia*; en definitiva, son el potente eco de lo que podría-

⁵ Clifford GEERTZ, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1987, p. 287.

⁶ Cf. Lluís DUCH, *Mito, interpretación y cultura*, Herder, Barcelona, 1998, p. 25-29. Cf. También el clásico estudio de Peter L. BERGER / Thomas LUCKMANN, *La construcción social de la realidad. Un tratado de sociología del conocimiento*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995 (edición original: 1966).

⁷ Cf. Clifford GEERTZ, *El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona, 1989. Cf. También el pequeño pero sustancioso texto de Remo BODEI, *Generaciones. Edad de la vida, edad de las cosas*, Herder, Barcelona, 2016, especialmente las p. 85-104.

mos llamar el *mito constitutivo* de cada uno, que ininterrumpidamente actúa y dispone de nuestra voluntad sin nuestra aquiescencia explícita porque, para expresarlo en términos de san Agustín, es *intimior intimo meo*.⁸ Inevitablemente, describir e interpretar son siempre cuestiones autobiográficas.

También ocurre con cierta frecuencia, aunque no lo reconocemos siempre con naturalidad, que *a posteriori* remodelamos nuestro trayecto biográfico, censurando o reprimiendo todo lo que, desde nuestra perspectiva actual, nos parece obsoleto y contrario al *modus cogitandi et operandi* que, con todos los intereses y preferencias que nos acompañan, adoptamos en el presente. Por eso, a menudo, para conceder una cierta consistencia y fiabilidad a nuestra biografía actual, *nos censuramos*, suprimiendo o embelleciendo los planos y las escenas que, en el presente, creemos que no son actuales o que incluso son nocivos para nuestro prestigio y para la búsqueda del éxito y del reconocimiento en nuestra vida privada y pública. A partir de aquí, creo que es posible afirmar que, por norma general, todo el mundo tiene una biografía *diurna*, más o menos endulzada, con pretensiones de oficialidad y dirigida aquí y ahora a la legitimación de nuestro trayecto biográfico, y una biografía *nocturna*, oculta y ocultada, que viene a ser una especie de extraño en nuestro propio hogar y que, a menudo, diurna o nocturnamente, nutre nuestras pesadillas y nuestras manías. Usando la terminología teatral, ya hace muchos años el filósofo y psicólogo francés Alfred Binet (1857-1911) señalaba cómo en todo ser humano se da

⁸ Sobre las variadas y, a menudo, sorprendentes formas de creación intelectual como biografía, cf. el estudio de Henning LUTHER, *Alttag: Bausteine zu einer Praktischen Theologie des Subjekts*, Radius, Stuttgart, 1992, p. 37-44.

una relación enigmática, a menudo difícil de precisar con detalle, pero muy real, entre el *yo normal*, que se halla en el proscenio, y el *yo oscuro*, camuflado entre bastidores.⁹

Desde hace mucho, estoy convencido de que, positiva o negativamente, el *factor biográfico* incide de forma decisiva en el conjunto de las peripecias de todo tipo de la vida cotidiana de hombres y mujeres. Sin duda alguna, de un modo u otro, con más o menos vigor, toda escritura posee acusadas tonalidades autobiográficas por el hecho innegable de que todos juntos, desde el nacimiento hasta la muerte, «estamos entretejidos de historias» (*in Geschichten verstrickt*) más o menos compartidas.¹⁰ Y, aunque sea oblicuamente, las narrativas autobiográficas siempre son intentos más o menos visibles de autojustificación de las formas, los intereses y las modalidades de nuestro propio vivir y convivir, o quizás sería más acertado afirmar que son las consecuencias de las urgencias impuestas por nuestro estar siempre despidiéndonos (Rainer M. Rilke). Por el hecho de tener conciencia de ser seres finitos, hombres y mujeres, en un mundo que apunta tendencialmente al caos, tenemos la imperiosa y urgente necesidad de revalidar positivamente lo que pensamos, hacemos y sentimos con unas estrategias, con frecuencia cargadas de inconsecuencias y sofismos, para desterrar las tendencias caóticas de nuestras vidas y, consecuentemente, para intentar restituir, aunque sea provisionalmente, la belleza y el orden del cosmos. Para la existencia humana, por tanto, el factor biográfico constituye, para bien y para mal,

⁹ Cf. Remo BODEI, *Destinos personales. La era de la colonización de las conciencias*, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2006, p. 118-119.

¹⁰ Cf. Wilhem SCHAPP, *In Geschichten verstrickt. Zum Sein von Mensch und Ding*, Klostermann, Fráncfort, 2004.

un tipo de *gramática generativa* no solo del propio pensamiento, sino, de una forma mucho más amplia, del conjunto de la actividad intelectual y física de los seres humanos que, con frecuencia, acostumbramos a agrupar bajo el epígrafe de *memoria colectiva*, cuya actividad e influencia suelen ser, pese al embotamiento actual del vínculo social, muy importantes y decisivas en la existencia concreta de individuos y colectividades. El recurrir a la memoria colectiva adquiere una fuerza descomunal sobre todo en momentos de crisis agudas, de amenazas violentas contra la voluntad del pueblo, de agresiones indiscriminadas de los más fuertes contra los débiles, es decir, en aquellas situaciones en las que, de un modo u otro, bien se manifiesta claramente el peligro de disolución de la identidad colectiva, bien se toma conciencia, más o menos colectivamente, de la imperiosa necesidad de afirmarla, de provocar una nueva resurrección de esta.

Desde hace años, las narraciones de Walter Benjamin sobre su infancia en Berlín me han fascinado porque, en el fondo, instauran una especie de proceso de salvamento, de recuperación activa no exenta del acentuado pacto de la nostalgia del pasado en el presente. Un pasado que cada vez más corre el peligro de disolverse en el océano sin límites ni medidas del pragmatismo militante y sin horizontes de una sociedad de adultos —a menudo, de adultos simplemente adolescentizados— que muestran una acusada tendencia hedonista a deshacerse de los tiempos y espacios no dominados por la mera utilidad o por las simples correspondencias en términos dinerarios. Para el pensador judío, la infancia articula de alguna forma la nostalgia del paraíso perdido, la auténtica patria, a la que uno solo puede volver por medio de la memoria en activo (el recordar), que, como señalaba

Marcel Proust, siempre tiene algo de involuntario, de indirectamente pretendido, que súbitamente nos asalta, nos asombra, nos conmueve y, a veces, hasta nos asusta. «La auténtica medida de la vida es el recuerdo», escribe Benjamin.¹¹ Sí, el recuerdo como medio idóneo para deconstruir el mito del progreso en términos acumulativos, que tan vanamente activo se ha mostrado en los siglos XIX y XX. «La ideología del progreso —escribía con un toque de ironía y mucha razón Michel Maffesoli— fue una especie de catecismo laico del siglo XIX.»

No cabe duda de que proponerse, como aquí y ahora es mi caso, una *escenificación narrativa* de la propia trayectoria vital e intelectual permite una especie de segundo nacimiento, un darse cuenta con cierta sorpresa de que, en contra de lo que tan a menudo se da por sentado, nuestro yo, como también nuestro trayecto biográfico, son plurales e, incluso, coyunturales, ya que son muy variadas y con frecuencia contradictorias las máscaras que adoptamos sobre el escenario del teatro del mundo como actores y actrices que constitutivamente somos y que nunca podremos dejar de ser. Siempre, de un modo u otro, toda reconstrucción autobiográfica es una empresa *ad hoc* que, al menos en parte, como una especie de almacén de *ofertas*, depende de las demandas de cada instante y, por acción o reacción, del clima intelectual y político que entonces tiene vigencia. También implica un hacer presente el pasado acompañado y frecuentemente hasta condicionado por unas innegables e inevitables dosis de nostalgia y, en muchos casos, de alevosía, no necesariamente

¹¹ Walter BENJAMIN, *Escritos autobiográficos*, Alianza, Madrid, 1996, p. 253.

culpable, a las *leyes de la tribu* (Michel de Certeau); es también un intento de detener de alguna forma la imparable e incontrolable hemorragia de la vida, que nunca puede desvincularse de la actualización del recuerdo, siempre mediante una forma u otra de *traducción*, como una sucesión de tanteos más o menos logrados, la mayoría de las veces torpes y, en el peor de los casos, provocados por el resentimiento de lo definitivamente perdido que, desde la perspectiva móvil e inconsciente del aquí y ahora, suponemos que fuimos, pensamos y vivimos *in illo tempore*.¹² Me parece que puede afirmarse con contundencia que los seres humanos siempre somos, *naturalmente*, con las consecuentes excepciones de rigor, irremediablemente nostálgicos porque tenemos plena conciencia de que somos mortales, caducos, provisionales e inconsistentes como el florecimiento de los campos. «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir...», escribía Jorge Manrique.

¹² Cf. Remo BODEI, *Imaginar otras vidas. Realidades, proyectos y deseos*, Herder, Barcelona, 2014, p. 102-105; IDEM, *Generaciones*; IDEM, *Destinos personales*, p. 250-292.